

Secretos de familia.

Confidencialidad, murmullo y comunicación en la sociedad meridana de la segunda mitad del siglo XIX

- Pedro Miranda Ojeda
Universidad Autónoma de Yucatán

Introducción

Los presuntos secretos familiares y los secretos a voces, fueron –y continúan siendo– una parte muy significativa de los rituales de la comunicación de la sociedad meridana del siglo XIX. La divulgación de ciertos asuntos de la vida privada a través de murmullos o de los llamados, en el lenguaje popular, chismes, a menudo puede perjudicar determinados intereses o destruir la reputación de los involucrados. Así, en este trabajo se analiza cómo, mediante pactos no firmados ni reconocidos, los miembros de las familias más influyentes escondían entre sí los secretos de sus familias en un ambiente de reciprocidad y complicidad. Este pacto, sin embargo, no significaba el desinterés ni continuidad en la transmisión de los murmullos y de los chismes. De hecho, en este mundo social este ritual representó una necesidad en tanto que en las reuniones sociales el intercambio de conocimiento de la vida privada, comportamientos, orígenes familiares, etc. tenía un papel destacado porque como reza el principio el conocimiento es poder.

La sociabilidad como forma de convivencia

Las reuniones sociales, llamadas fiestas de familia, celebraron bautizos, confirmaciones, cumpleaños, santorales, casamientos, bienvenidas o despedidas, aniversarios, homenajes, primera comunión u otras fechas importantes fueron fechas comunes que el hombre del siglo XIX celebró como acontecimientos significativos merecedores de una fiesta. Las reuniones se caracterizaron por la conversación y el convite de comida y bebida.

Las fiestas de familia, también conocidas como tertulias de familia, como vínculos sociales primarios determinados por parentesco, matrimonio y amistad, generaron importantes manifestaciones de la vida social. Aunque desde finales del régimen colonial comenzó a difundirse la moda francesa de los salones, en la ciudad de Mérida sólo figuró la modesta tertulia. Mientras que la característica general de la tertulia fue su estilo llano y sin mayor formalidad, en Inglaterra o Francia hubo una tendencia a complejizar comportamientos y modales. Así, las formas sociales europeas reforzaron el carácter exclusivo de los círculos aristocráticos a principios del siglo XIX.

En los círculos meridianos, la costumbre fue más simple y menos cuidadosa a propósito de los requisitos de admisión al círculo de los contertulios en alguna casa de la élite. La fiesta de las señoritas de la alta sociedad, aunque también participaron varones, recibió el nombre de *soirée*. La organización de tertulias y veladas, a imitación de las celebradas en los salones de la aristocracia europea asociadas con los bailes y cenas, involucró la presencia de un piano u otros instrumentos. Desde mediados del siglo XIX, el piano se generalizó entre las familias más acomodadas de Europa, convirtiéndose por antonomasia en el instrumento musical de las reuniones. En las residencias meridianas, este adminículo apareció casi de inmediato gracias a que los ricos propietarios los importaron de Estados Unidos y Europa. En los inventarios y testamentos de la época, este instrumento apareció con insistencia entre las pertenencias de la mayoría de las familias adineradas. A menudo también un invitado solía cantar o se usaron otros instrumentos en las veladas, como los modernos gramófonos (aparatos de sonido) y fonógrafos, aunque casi siempre las señoritas casaderas ejecutaban canciones de moda o piezas de músicos reconocidos, ya que les concedía un toque de distinción y de oportunidad de cotizarse en el mercado matrimonial.

Las fiestas de familia llamadas de conveniencia, por su parte, fueron reuniones exclusivas de individuos de la esfera política, militar, religiosa o comercial. La presentación exigía la etiqueta rigurosa, propia del anfitrión, de los invitados y del local. En efecto, las reuniones no siempre se realizaron en las residencias particulares sino que a veces se trasladaron a recintos más cómodos. Las fiestas tradicionales acostumbraron reuniones desde el mediodía, en cambio, en las de conveniencia por lo general comenzaban al anochecer en algún salón, finca o residencia de otra persona. En 1874, por ejemplo, el tesorero del ayuntamiento meridano Rafael Albertos preparó en su casa una exquisita reunión en conmemoración del cumpleaños de Eligio Ancona. Los únicos invitados, obsequiados con finos vinos, comidas y pos-

tres, pertenecían a la élite de la ciudad. Los brindis son una parte significativa del evento porque regocijaban y exaltaban la figura del homenajeado. A propósito, el Sr. Ancona ofreció un breve discurso de agradecimiento y, después, los presentes charlaron animadamente. La reunión terminó cerca de la medianoche.

La sociabilidad densa

Estas reuniones, en cualquiera de sus modalidades, constituyeron representaciones de la sociedad decimonónica. Las diversas escenificaciones de la parcela privada, íntima, definieron las prácticas cotidianas y los valores culturales, morales, sociales y económicos. La sociabilidad ahí construida fue, por excelencia, la esencia de un mundo que exhibió las improntas del murmullo y de la confidencialidad de personajes con intereses comunes. Así, puede decirse que estas formas de convivencia, sociabilidad, no siempre fueron siempre armónicas. En efecto, tal como analiza Zygmunt Bauman la estabilidad no necesariamente está implícita dado que, pese a que las relaciones de los individuos a menudo florecen gracias a los intereses comunes, éstas no siempre destacan por su armonía y, con regularidad, incluso, predomina cierta animosidad. La explicación de

las contradicciones, tensiones y hostilidades intestinas de los grupos se denominada sociabilidad densa.

Las reuniones de las familiares de la élite fueron caldo de relaciones sociales que se extendía a muchos aspectos de la vida política, económica, social e íntima. Los secretos se diluyeron en una sociedad decimonónica donde se atribuyó una enorme importancia al conocimiento de la vida de los personajes: deslices amorosos, fracasos políticos, éxitos económicos, la vida privada, absolutamente todo lo concerniente a la biografía social se desmenuzaba en los círculos sociales cercanos y, por supuesto, en los círculos de oposición. Esto no quiere decir que las reuniones sociales se concentraron en estas prácticas sino que a menudo también estimularon el interés por las artes cultas. De ahí que a menudo entre viandas y bebidas se incluyeran presentaciones de poesía, pequeñas representaciones teatrales, música, etc.

Estas reuniones se definieron por un nivel moral coincidente entre todos los miembros. Los asuntos tratados en la confidencialidad se consideraron en un ambiente de confianza. Este principio determinó que los individuos podían confiar en cualquier asunto tratado a nivel personal o compartir alguna confidencia de alguien cercano. La importancia de esta confianza radicó en que nadie podía romper el código de silencio. Este principio se recuperó de las normas de etiqueta de los manuales de urbanidad.

En este sentido la confianza, pertenencia e invitación se condicionaron por las comunicaciones contenidas al interior del grupo. El gesto desaprobatorio o una comunicación fuera del grupo de confianza significaron la expulsión y, aun más grave, la enemistad de un grupo poderoso en muchos niveles de la sociedad. Dadas las circunstancias estas rupturas, diríamos de la civilidad, se mantuvieron inamovibles, según reglas de una moralidad obedecida en el ámbito privado. Esta práctica no significa, por supuesto, una moralidad propiamente dicha, es decir, muchas confidencias a menudo no coincidían con el discurso moral aceptado y sancionado en la sociedad. Lo público y lo privado son facetas en absoluto separadas.

La causa principal de este baluarte social de comunicaciones fue la identificación de individuos por intereses o coincidencias sociales, políticas, económicas. La pertenencia a ciertos grupos de poder –la elitización de las relaciones– garantizó la participación en las reuniones sociales que, con frecuencia también, se convirtió en un espacio de discusión política o económica. En dichas reuniones, simbólicas, por su contenido estricto de estructurar una sociedad según calidades sociales, políticas o económicas, la confidencialidad definió una característica fundamental de confianza y que, al mismo tiempo, fortaleció los niveles de disculpa social de los individuos deudores de un fracaso de cualquier índole. La tarea de la reunión, pues, consistió en garantizar su apoyo, manifestar cordialidad y, en virtud de su confianza, el deber social de reparar los hechos, sin involucrarse más allá de los intereses personales. La complicidad de este orden sancionado en el interior de la sociabilidad, sin embargo, no siempre garantizó su confidencialidad. Estas rupturas, anomías sociales, cristalizaron fracturas del orden legitimado y,

en algún caso, con duelos. La gravedad de los murmullos surgidos de las confidencias representó una grave injuria que utilizó el duelo como único instrumento para solucionar la ofensa pública.

Estas confidencialidades confesadas y compartidas se posicionaron en un nivel más alto cuando la reunión social se privatizó a lo personal. La amistad o confianza contribuyó de esta manera a definir la visita a la residencia como una costumbre común para fumar, beber y charlar no siempre sucesos triviales sino que a menudo se concentraron en tratar asuntos delicados que procuraron conservarse en el mayor secreto, sin compartirlo con el círculo social acostumbrado. Esta fue la intención de la tarjeta de visita que acentuó su importancia en la vida social. La visita se convirtió en un rito imprescindible que contribuyó el fomento de los intercambios privados y facilitó, al mismo tiempo, a través de la conversación, el conocimiento e información sobre otras familias.

De ahí que ciertas noticias tuvieran un tratamiento de mayor sensibilidad y que, por lo general, se comentaran en las visitas cortas. Las reglas de cortesía, pues, exigieron nunca comparecer en una casa sin la previa invitación formal y menos en una hora poco apropia-

da para la familia visitada. Las tarjetas de visita tuvieron el papel aceptar y condicionar el número de visitas. Por este motivo, la visita inesperada sólo se realiza cuando un asunto de urgencia demandara romper con las reglas de urbanidad sancionadas. Las visitas también sirvieron como respuesta o devolución de invitaciones a reuniones o tertulias de conversación, donde a menudo la anfitriona disponía lo necesario para obsequiar canapés, dulces, pastelillos, bebidas. Estas reuniones también sirvieron como pretexto en el intercambio de información y los popularmente llamados chismes, el murmullo y las confidencias se para fumar u organizar algunas partidas de dominó, damas, cartas, lotería u otros.

Las visitas conocidas con el nombre genérico de visitas de cumplimiento, por su parte, ocurrieron cuando el visitante pretendió dedicar la velada a agradecer sobre cierto asunto o a solicitar un favor, ofrecer una felicitación o condolencias por duelo familiar, despedir o recibir a algún viajero. La etiqueta recomendó no tratar el motivo de la visita directamente sino

destinar parte del tiempo en una conversación ajena al motivo real, pero siempre teniendo presente que debe ser una reunión de corto tiempo. De ahí también el nombre de visita corta. Los usos de la civilidad moderna también estimaron la prudencia de una nota, ofreciendo disculpas por su escasa ceremonia, cuando por una razón explicable no se lograba acudir al cumplimiento.

Consideraciones finales

En síntesis, el encuentro en las reuniones reforzaron y consolidaron sus títulos de pertenencia a la élite y, al mismo tiempo, tejieron los lazos de sociabilidad que a menudo ejercían una influencia poderosa en la vida pública. Es preciso subrayar que en una sociedad donde el rol social coartaba la participación femenina, tales reuniones fueron un espacio significativo de participación abierta y de reclamo de cierta igualdad, debido a que las relaciones sociales se estrecharon gracias a la circulación de secretos, murmullos e información, permitiendo su continuidad y control de efectos al interior de la sociabilidad.

Bibliografía

Bauman, Zygmunt, "Modernidad y ambivalencia", en Josetxo Beriain (comp.). *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Barcelona, Anthropos, 1996, pp. 73-119.

Castillo, Pío del, *Principios de urbanidad para el uso de la juventud arreglados a los progresos de la actual civilización, seguidas de una colección de máximas y fábulas en verso*, Mérida, s/ ed., 1865.

Corbin, Alan, "El secreto del individuo", en Philippe Ariès y Georges Duby (dirs.), *Historia de la vida privada*. 4. *De la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial*, Madrid, Taurus, 2001, pp. 397-470.

Corral, José del, *La vida cotidiana en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, Ediciones La Librería, 2001.
Escamilla García, Ana Paula, *Los paseos dominicales en Toluca durante el porfiriato*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México, 2001.

González Alcantud, José Antonio, *Tractatus ludorum. Una antropológica del juego*, Barcelona, Anthropos, 1993.

Hobsbawm, Eric J., *La era del capital, 1848-1875*, Buenos Aires, Crítica, 1998.

Martin-Fugier, Anne, "Los ritos de la vida privada burguesa", en Philippe Ariès y Georges Duby (dirs.), *Historia de la vida privada*. 4. *De la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial*, Madrid, Taurus, 2001, pp. 193-260.

Myers, Jorge, *Una revolución en las costumbres, las nuevas formas de sociabilidad de la elite porteña, 1800-1860*, Buenos Aires, Taurus, 2002.

Pérez-Rayón Elizundia, Nora, *México 1900. Percepciones y valores en la gran prensa capitalina*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, Miguel Ángel Porrúa, 2001.

Plongeon, Alice D. Le, *Notas sobre Yucatán en 1873*, Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán, 2000.

Reglamento de policía de la ciudad de Mérida, capital de Yucatán, Mérida, Imprenta de J. D. Espinosa, 1852.

Ribera Carbó, Eulalia, "Segregación y control, secularización y fiesta. Las formas del tiempo libre en una ciudad mexicana del siglo XIX", en *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, núm. 36, 1999, <http://www.ub.es/geocrit/sn-36.htm>.

Ribera Carbó, Eulalia, *Herencia colonial y modernidad burguesa en un espacio urbano. El caso de Orizaba en el siglo XIX*, México, Instituto Mora, 2002.

Serrano García, Rafael, *El fin del Antiguo Régimen (1808-1868). Cultura y vida cotidiana*, Madrid, Síntesis, 2001.

Santa Teresa, Marcos de, *Compendio moral salmaticense*, Pamplona, Imprenta de Josef de Rada, 1805.

Teixidor Cadenas, Carlos "La fiebre de las postales llega a España", en *La aventura de la historia*, año 7, núm. 80, junio, 2005, pp. 98-102.